

A la misma señora Juana Inés de la Cruz, Endechas endecasílabas

Paisanita querida,
no te piques ni alteres,
que también son paisanos
los ángeles divinos y los duendes.

Yo soy éste que trasgo
amante inquieto siempre
en tu celda, invisible,
haciendo ruido estoy con tus papeles.

Lemur soy que los vientos
por ti bebe y, pendiente
en los aires, padezco
el no poder por ellos ir a verte.

Porque así en estas ansias
que en aire se me vuelven
la pena cruel de daño
padezca en las más lóbregas de ausente.

Yo soy la cosa mala
que en los negros retretes
de tu convento dicen
las au[s]teras criadas que me sienten.

Guijes soy que, invisible¹
a tus ojos, dese este
Museo de tus memorias
hago un anillo para verte alegre.

También soy... pero basta,
si sé que por mi suerte
a dicha llena puedo
decir que soy tu paisano y sea quien fuere.

Como tal, pues, a darte
voy cien mil parabienes;
gracias no, que esas se hallan
en el polvo que cae de tus paredes.

Dóytelos, pues, señora,
de que seas tú a quien deben
las Indias el aplauso
que el retruco del tuyo les revuelve.

Y que ya por tu fama
crean algunos infieles
ser pueden racionales
los que apenas de faunos nombre tienen.

Que tenemos instinto,
que somos como gente,
que hablamos y sentimos
y que somos también inteligentes.

Por ti verán ya, Nise,
los que ciegos ser quieren,
porque su ceguedad
abrigue la pasión que los ofende.

Que también a estas partes
alcanzan los vergeles
del Parnaso y que muchos
dicen que está en tu celda su Hipocrene.

Que no son caos las Indias
ni rústicos albergues
de Cíclopes monstruosos
ni que en ellas de veras el sol muere.

¹ Guijes, el que tenía una sortija con que se hacía invisible

Pues cuando fuera cierto,
tus rayos refulgentes
bastaban eficaces
a hacerlos renacer en su Occidente.

Siendo tales tus luces
que, por pasar alegre
el medio día en tu celda,
desde el cuarto del alba a ella se viene.

Porque es tal su eficacia
que si a otras oscurece,
con lo que las alumbras,
con lo que las apagas las enciendes.

Hablo de algunos sólo,
No de los más prudentes;
sin nacionalidades,
naciendo en la razón con ella crecen.

De que eres tú buen texto,
pues en tu aplauso fieles
tantos discretos hacen
sus fiestas con las tuyas más solemnes.

En que vemos a un tiempo
que en competencia alegres,
en tu festejo sabios,
cada uno se aventaja y no se excede.

Donde a una en tus elogios,
con voces diferentes,
cada uno más te ensalza
cuando no menos que los otros siente.

¡Oh qué coros no forman
sobre ellos, porque alternen
con las tuyas las glorias
que en celebrarte nuevamente adquieren!

¡Con qué eruditas prosas,
con qué himnos elocuentes,
al aplaudir tus luces,
hacen que más las tuyas reverberen!

Y si por ser primero
Colón, el que valiente
descubrió nuestros polos
antes que a ellos Américo viniese,

se mandó que estos orbes,
que en sí tantos contienen,
no América, como antes,
sino sólo Colonia se dijese.

Con cuanta más justicia,
si a la tuya se atiende,
desde hoy mudando nombre
o Nísida o Nisea llamarse deben.

Pues si ellos descubrieron
aquesta tierra fértil,
tú descubres la gloria
que tienen todas ellas en tenerte.

Si al mundo que, antes de ellas,
que era de cobre y peltre,
lo hicieron de oro y plata
estos exploradores eminentes;

más le debe a tu pluma
que, en mimas más perennes,
oro potable corre
del que los sabios en tus letras beben,

y tan aquilatado
que de sólo los febles²
que en tus escritos sobran
enriquecerse los más doctos pueden.

Pues cuantas tienen líneas
tantos de oro corriente,
al salir de tu numen,
son con su ley aquilatados riele.³

Si por estos caudillos
goza las transparentes
varias piedras el mundo
que en vez de vidrios a su adorno ofrecen,

¿qué perlas celebradas
habrá que no se encuentren
en tus obras haciendo
que las de Cleopatra en berruecos queden?

Si por ellos consiguen
nuestros invictos reyes
serlo del Nuevo Mundo,
mucho más logran sólo con tenerte.

Pues si los más extraños,
a tus pies reverentes,
por reyna de las ciencias
vasallaje te dan en sus laureles.

Hoy el nuestro contigo
más noble imperio adquiere,
pues domina a quien manda
en cuantos hoy monarcas resplandecen.

Dios te lo pague, haciendo
que, sin envejecerte,
Hebe numeres tantos⁴
años cuantos aplausos te mereces.

Que quedes explicada
en las historias fieles
por Juana de los Tiempos⁵
cuando las glorias de las tuyas cuenten.

Y que en Dios elevando
ese numen celeste
por Santa Juana
de la Cruz nuestras Indias te celebren.

Y que en fin sean tus letras
cuentas contra rebeldes
espíritus malignos,
reliquia que los sane o los ahuyente. ◇

² Febles, migajas de oro.

³ Riele, tiras de oro con toda la ley del doblón

⁴ Hebe, la que no se podía envejecer.

⁵ Alude a Juan de los Tiempos, alabardero de Carlo Magno, que vivió más de trescientos años.